

## El poder y la ciencia política

**D**urante más de veinte años me unieron estrechos lazos familiares con “el Flaco”. Fueron lazos de un gran cariño construido en la cotidianidad de la vida. En el espacio en el que se crean los valores del respeto, la solidaridad, la responsabilidad y la fraternidad. En donde se aprende a disfrutar la vida. En palabras del propio “Flaco”: él me domesticó.

Sin embargo, nuestra relación no se restringió al espacio familiar y sus diversos episodios parroquiales. En 1998 decidí estudiar ciencias políticas. A partir de ese momento iniciamos un nuevo tipo de relación: maestro-alumno. Fueron siete años de innumerables conversaciones, en ocasiones acaloradas discusiones. Sin embargo, existió un momento que marcó un antes y un después en nuestras pláticas, así como en mi forma de pensar, observar, argumentar e intentar analizar los fenómenos políticos.

No recuerdo ni la fecha ni el lugar preciso. De lo que sí estoy seguro es de que fue durante el primer año de mi carrera, un domingo y en algún restaurante del sur de la Ciudad de México. La escena la recuerdo con claridad. Mientras “el Flaco” tomaba una copa de tequila y fumaba un cigarro yo les platicaba con gran entusiasmo, a él y a mi mamá, sobre mis clases y lecturas de institucionalismo (en aquel entonces y hasta cierto punto a la fecha, la corriente de moda en el mundo de la ciencia política).

Mis argumentos se centraban en la importancia de los diseños institucionales y constitucionales para entender la estabilidad política y el buen funcionamiento de la economía de mercado, como lo plantea el Premio Nobel de Economía, Douglass North. Como derivación de esta importancia institucional, introduje los argumentos del politólogo Juan Linz con el fin de comprobar que los sistemas parlamentarios tienen mayores virtudes que los presidenciales para garantizar la estabilidad política en regímenes democráticos. Incluso me atreví a decir –siguiendo los argumentos de Linz y Arturo Valenzuela– que si Chile hubiera sido un sistema parlamentario probablemente el golpe de Estado de 1973 no hubiera ocurrido.

“El Flaco” me escuchaba con una paciencia que empezaba a transformarse en desesperación. No recuerdo si alcancé a terminar mis alegatos o si él me interrumpió en algún momento. Lo que viene a mi memoria, palabras más palabras menos, fue su respuesta: “después de escucharte, me queda muy claro que la ciencia política sigue sin evolucionar y sirve de muy poco para analizar y entender la política”.

Evidentemente me quedé helado. Fue la primera de muchas “cubetadas de agua fría”. “El Flaco”, como buen provocador, esperó mi reacción antes de continuar. De inmediato recurrí a los “argumentos de autoridad”: “cómo puede estar mal el institucionalismo si lo plantea un Premio Nobel de Economía, Juan Linz es profesor emérito de la Universidad de Yale, etcétera, etcétera”.

Cuando finalicé, él retomó su argumento: “el problema de los politólogos es que se dedican a estudiar estructuras de poder y no han sido capaces de desarrollar una teoría que explique qué es el poder. Sin una estructura clara y precisa sobre el poder, los análisis institucionales y de diseños constitucionales se reducen a argumentos ingeniosos y aparentemente lógicos que se pueden acomodar con facilidad al gusto del autor”.

Después de esta amable pero ruda sentencia me dijo algo así como “deja de perder el tiempo y mejor lee a Adams”. Finalizó con una breve descripción del modelo teórico del antropólogo estadounidense.

Me quedé fascinado, la verdad, al igual que le pasó a mi mamá cuando lo conoció, más con el maestro que con su explicación, que en ese momento entre la copa de tequila y la botella de buen vino español, poco entendí.

Al día siguiente me envió un artículo que utilizaba en sus clases para explicar la teoría del poder social de Richard N. Adams. Después de leerlo un sinnúmero de veces decidí que era momento de ir a los libros.

Era tal mi entusiasmo que convencí a mi buen amigo Rodrigo Velázquez para que le propusiéramos al “Flaco” la organización de un “seminario particular” sobre antropología política.

Durante varios meses asistimos de manera puntual todos los jueves a las 5:00 de la tarde a casa del “Flaco”. Ésa fue mi primera lectura a detalle de *Energía y Estructura*. No tardé en pasar de Adams a los textos del “Flaco”. El primero fue *Expansión de sistemas y relaciones de poder*. Este libro, el mejor de antropología política mexicana, según nos dijo aquí mismo el doctor Rodrigo Díaz durante su participación en el Homenaje que le organizó la UAM al “Flaco”, me sorprendió y marcó por tres factores:

- 1) A pesar de haber leído con todo cuidado durante muchos meses y bajo la tutela del “Flaco” los trabajos de Adams, creo haberlo comprendido mejor después del recorrido teórico por la antropología política de la primera parte del libro.
- 2) En tan sólo 15 páginas encontré el mejor análisis que se ha escrito sobre el sistema político posrevolucionario. Lo sigo pensando así.
- 3) Comprendí la importancia de un concepto sólido de cultura y que, a diferencia de lo que postulan muchos politólogos y también algunos antropólogos, no existe una relación causal directa y unidireccional entre cultura y comportamiento.

Además, entendí que las formas de participación política y el comportamiento de sus actores están más relacionados con el tipo de estructuras de poder, es decir, con el tipo y cantidad de controles que se tengan sobre el ambiente y no tanto con su cultura.

En pocas palabras, “el Flaco” logró convertirme en un hereje de la ciencia política, que desde ese momento hasta la fecha ha intentado llevar la teoría de Adams y los planteamientos del “Flaco” a los temas que nos preocupan a los politólogos: estabilidad política en sociedades complejas, gobernabilidad en sistemas parlamentarios y presidenciales, relación entre poderes, dinámicas en el interior de los congresos o parlamentos, relaciones entre estructuras de poder nacionales, locales e internacionales, entre otros.

La verdad es que ha sido difícil encontrar interlocutores tanto en el mundo de la ciencia política como en el de la antropología política. Sin embargo, no todas son malas noticias. El año pasado, el influyente politólogo Robert Dahl declaró en una entrevista que su mayor decepción de la ciencia política, en particular de la política comparada, es que en los últimos cincuenta años no ha progresado en su entendimiento del poder, porque nadie se ha preocupado por desarrollar una teoría sólida al respecto: exactamente la misma reflexión que me hizo muchos años antes “el Flaco” y que postulaba por lo menos tres lustros atrás.

El primer resultado de las declaraciones de Dahl es que el tema del próximo Congreso de la Asociación de Ciencia Política Americana (APSA) es “Reconsiderando al poder”. Me parece que se abre una gran oportunidad para tender puentes entre la antropología política y la ciencia política. Estoy convencido de que los trabajos de Adams y “el Flaco”, incluidos los que se presentan el día de hoy, pueden y deben ser los cimientos que sostengan ese puente. Podría ser una de tantas nuevas aportaciones del trabajo del “Flaco”.

Por lo pronto, de lo que sí no tengo duda, es de que “el Flaco” sigue siendo un incrédulo de la ciencia política y de que quizá me repetiría que deje de perder el tiempo y me ponga a leer a Adams.